

CARLOS MÍNQUEZ

## PRESENCIA DE LA CATEGORÍA RELACION EN EL CAMPO CIENTÍFICO

La categoría de la relación, de notorio pálpito en la historia de la Filosofía, muestra de un modo constante, también, su presencia en las ciencias. La mutua implicación existe entre Ciencia y Filosofía, y la relevancia que la relación adquiere en esta última supone el constante aparecer de esta categoría en las distintas etapas del desarrollo de los saberes. Su presencia es palpable, tanto en el campo científico en general como en las diversas ciencias particulares.

Pretendo presentar de un modo amplio esta panorámica. Su finalidad radica en hacer ostensible la presencia continuada de la categoría de la relación en todos los ámbitos del saber humano, presencia que por sí sola justifica todo el interés que a dicha categoría se le preste.

La primera consideración que surge en este orden de cosas es el carácter relacional que ostenta el propio problema del conocimiento. Esquemáticamente el fenómeno del conocimiento se presenta como la relación que existe entre un sujeto cognoscente y un objeto conocido. Cualquier modalidad de conocimiento queda necesariamente incluido dentro de este esquema. Y, en definitiva, éste se resuelve en una relación. Por tanto, en la base de toda aprehensión de la realidad —cometido que pretende el saber científico— subyace, con carácter ineludible, la relación. En este terreno, lo difícil sería mostrar en qué aspectos es eludida por la ciencia. La presencia e inmediatez de las relaciones en el conocimiento científico es tan abrumadora que dificulta su adecuada estructuración.

Junto al conocimiento, en la base del saber científico, aparece el lenguaje, que actualmente ha adquirido especial incremento a través de la filosofía analítica y del positivismo lógico.

E. Cassirer<sup>1</sup> señala que en el lenguaje se produce una paulatina transformación de formas sustanciales en formas relacionales. No indica, sin embargo,

<sup>1</sup> E. CASSIRER, *Philosophie der Symbolischen Formen*, I. Erster Teil: «Die Sprache», 4. Auflage, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1964, p. 269 y ss.

que los modos más primitivos del lenguaje desconocieran la relación, sino que ha ido imponiéndose en los idiomas más evolucionados, especialmente en el indo-europeo. La influencia de la lógica aristotélica ha sido, en buena parte, causa de que no se manifestase explícitamente el carácter relacional latente en la lengua. La evolución interpretativa de la teoría lingüística sigue caminos paralelos al desarrollo de la relación como categoría de la realidad. Salomaa<sup>2</sup> indica que en la historia de las categorías la pugna se ha establecido entre la categoría de la sustancia y la de la relación. Persiste en este campo la concepción de la sustancia de tipo aristotélico, pese a que su vigencia es compensada, sobre todo en los tiempos modernos, por el influjo del atomismo, cuyo impacto late en las ciencias empíricas. La línea relacionalista arranca, según el mismo autor, del pensamiento platónico y estoico. Con la aparición de la ciencia moderna se subraya, especialmente, este carácter relacional<sup>3</sup>. Y de un modo paralelo, en la teoría lingüística.

El fenómeno evolutivo que se da en el lenguaje y su historia es equivalente al proceso del mismo en el individuo —posición semejante, salvo en su problemática, a la conexión entre ontogénesis y filogénesis—. En la «jerga» peculiar de los niños abundan poco las relaciones expresas. Precisamente el enriquecimiento de su mundo interior y la expresión del mismo se manifiestan en la primacía de sistemas relacionales y cambios de categoría gramaticales en sus nuevos modos de hablar. Numerosas palabras —en la práctica todas, excepto el nombre sustantivo— son elementos puramente relacionales. Piénsese, por ejemplo, en el evidente valor relacional de la preposición y conjunción, hasta el punto de que su objeto, expresado en la definición de aquéllas, es sencillamente «relacionar». Otras formas, adjetivos determinativos, adverbio, verbo..., encierran junto a su carga semántica una función conectiva.

Por otra parte, la relatividad funcional de las palabras (no sólo la relacionalidad) queda claramente manifiesta en el cambio de categoría gramatical que afecta a las tradicionalmente llamadas partes de la oración y que los manuales presentan bajo el nombre de sustantivación, adjetivación o adverbialización y que, en definitiva, dan paso a un amplio campo de neologismos, cuyo significado lo determina la función que desempeñan dichas palabras. Esta problemática obliga a subordinar el carácter de la palabra al todo de la oración, en la que adquiere aquélla su plenitud (como elemento del sistema total). Esto es, el aspecto relacional de la frase condiciona el valor y la categoría de la palabra. Muchos autores han manifestado tal sentido; entre ellos, por su singular valor para la Filosofía, figura el último Wittgenstein<sup>4</sup>.

Estas ideas vienen refrendadas por el estructuralismo; método y teoría

<sup>2</sup> J. E. SALOMAA, *The Category of Relation*, «Annales Academiae scientiarum Fennicae», Helsinki, 1926, p. 65.

<sup>3</sup> J. KREMPPEL, *La doctrine de la relation chez Saint Thomas*, Edit. J. Vrin, París, 1952, p. 3.

<sup>4</sup> L. WITTGENSTEIN, *Los cuadernos azul y marrón*, estructura y función. Edit. Tecnos, S. A., Madrid, 1968, p. 36. «Yo sé lo que significa una palabra en ciertos contextos.»

de un valor innegable, además de verse apoyado por la moda. Su origen fundamentalmente lingüístico y etnológico confirma lo dicho sobre el lenguaje. Con palabras de J. Pouillon, nos aproximaremos al concepto de esta corriente: «Por oposición al atomismo, que aísla términos cuyo conjunto es simplemente su yuxtaposición, consiste en buscar las relaciones que dan a los términos que unen un valor "de posición" en un conjunto organizado, en aprehender conjuntos cuya articulación los hace significativos. Ese estructuralismo implica, pues, dos ideas: la de totalidad y la de interdependencia»<sup>5</sup>. En definitiva, la de relación.

En la Lógica ofrece también esta categoría un predominio acusado. Especialmente en la Lógica moderna, en la que no puede hacerse con facilidad una adecuada distinción entre el contenido matemático y lógico. En este sentido, afirma Piaget que la Lógica clásica sólo tiene lejanamente relaciones con las Matemáticas, porque, de hecho, estaba ligada a la Psicología. De modo recíproco, las Matemáticas se preocupaban poco de la Lógica formal porque eran esencialmente intuitivas. Pero mientras la Lógica y la Psicología evolucionan en direcciones divergentes en cuanto a su método, surge una convergencia gradual entre la Lógica y las Matemáticas como resultado de un doble proceso: la matematización de la Lógica por la necesidad de un simbolismo preciso, y la logización de la matemática debido a las exigencias de la axiomatización o a la eliminación progresiva de la intuición como fundamento del conocimiento abstracto<sup>6</sup>.

El entronque con la Matemática de la Lógica moderna y, en consecuencia, el funcionamiento de la relación como categoría fundamental, no invalida el hecho de que ya esta categoría apareciese como céntrica en la Lógica tradicional. Por una parte, la división de las proposiciones en categóricas, hipotéticas y disyuntivas, toma como base la relación. Por otra parte, el carácter relacional, que en las operaciones del pensamiento mantienen la «forma» de las mismas, muestran la importancia de esta categoría.

En apoyo de dicha vertiente encontramos una serie de términos lógicos, como conjunción, correlatividad, disyunción, conjuntos, implicación, reciprocidad..., los cuales no tendrían sentido si no se supone a la relación como base constitutiva. Por último, la aparición en la Lógica moderna de la llamada lógica de relaciones es suficientemente expresiva acerca del impacto de este concepto, que no por ello queda excluido de los restantes modelos lógicos. B. Russell manifiesta: «Es, sin embargo, de la lógica de las relaciones de la que hemos de servirnos para fundamentar la matemática, ya que lo que en el razonamiento simbólico se toma en consideración son siempre tipos de relaciones.»<sup>7</sup>

<sup>5</sup> J. POUILLON y otros, *Problemas del estructuralismo*, Edit. Siglo XXI, México, 1967, p. 5.

<sup>6</sup> J. PIAGET, *Traité de Logique*, Librairie Armand Colin, París, 1949, p. 17.

<sup>7</sup> B. RUSSELL, *Lógica y conocimiento*, trad. de Javier Muguerza, Ed. Taurus, Madrid, 1956.

La bibliografía en la que se muestra el carácter relacional de las matemáticas es muy abundante. Prácticamente su historia representa un paulatino prescindir de la «cosificación» en pro de un carácter netamente relacional en sus fundamentos. Aun en los primeros momentos, en los que la dependencia de la geometría es total, por ejemplo en el pitagorismo, la relación no está ausente. Sin embargo, no forma su base constitutiva. Así, puede afirmar Salomaa <sup>8</sup> que los números de Pitágoras y los elementos de Euclides están en el mismo plano que «el agua» de Tales o el «átomo» de Demócrito. Los números no son relaciones de cosas, sino las cosas mismas. A pesar de lo acertado de esta afirmación, el hecho de que los principios de las matemáticas están transidos de carácter relacional se presenta con indudable seguridad. Es sintomático que entre las categorías pitagóricas apareciera la de la relación. Por otra parte, el constituirse en su propia naturaleza con dicha categoría posibilita que en el desdoblamiento posterior del saber sean «las matemáticas la primera ciencia que se libera de la sustancia y desarrolla una ciencia de pura relación o medida» <sup>9</sup>, sin que ello suponga un alejamiento de la realidad empírica. El número «pi» es un claro exponente de este carácter relacional.

Con la ciencia moderna la relación alcanza un lugar privilegiado sobre cualquier concepción sustancialista. Esta primacía en el campo de las matemáticas adquiere sentido absoluto en el siglo XIX. A partir de este momento el influjo sobre las demás ciencias es manifiesto. Tal transformación queda corroborada por el predominio de la aritmética sobre la geometría. «La aritmética permaneció hasta entrado el siglo XIX en esta posición de vasallaje con respecto a la geometría. Pero desde entonces se operó un cambio de rumbo completo; y hoy es precisamente la aritmética la que ha logrado imponer su predominio como la verdadera disciplina fundamental» <sup>10</sup>. Henry Poincaré expresamente manifiesta este sentido: «Los matemáticos no estudian objetos, sino relaciones entre los objetos; les resulta, pues, indiferente reemplazar esos objetos por otros, siempre que las relaciones no cambien. La materia no les importa, sólo la forma les interesa» <sup>11</sup>.

Cassirer, al tratar de la epistemología de las ciencias exactas en el siglo XIX, muestra profusamente esta perspectiva. Así, cuando expone la idea sostenida por aquellos matemáticos que defienden la «teoría del número ordinal», afirma: «Para ellos los números no “se dan”, al modo de lo que ocurre cuando se toma como punto de partida el conjunto y la potencia y la potencia de los conjuntos, como algo dado de por sí, en lo que luego se nos ofrece la posibilidad de reducirlo a una ordenación fija. Aquí, cada número no es otra cosa

<sup>8</sup> SALOMAA, ob. cit., p. 72.

<sup>9</sup> SALOMAA, ob. cit., p. 72.

<sup>10</sup> FÉLIX KLEIN, *Ueber die Arithmetisierung der Mathematik*, en «Göttinger Nachrichten», 1895; cf. *Elementarmathematik*, t. II, p. 225; citado por E. CASSIRER, *El problema del conocimiento*, trad. de Wenceslao Roces, 2.ª ed., F. C. E., México, 1963, t. IV, p. 77.

<sup>11</sup> H. POINCARÉ, *La ciencia y la hipótesis*, trad. por Alfredo B. Besio y José Banfi, 3.ª ed., Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1963, p. 33.

que un corte, un lugar concreto dentro de una ordenación universal; y es esta ordenación la que determina el carácter y esencia del número. Esta determinación se ha trocado, por tanto, de un algo absoluto en un algo puramente relativo, relatividad que no puede considerarse, por cierto, como una *limitación* del carácter "objetivo" del número, sino que constituye la única *expresión* adecuada de él»<sup>12</sup>. Lo mismo cuando habla del carácter funcionalista que adquieren las matemáticas. Este carácter funcional, de amplio arraigo en la matemática práctica a partir de la ciencia moderna, ha pasado a casi todas las ciencias actuales; piénsese, por ejemplo, en la Economía. Los números «no funcionan como signos vacíos, sino que están llenos de significación. Claro está que esta significación no se determina precisamente por una mirada lanzada al mundo de las cosas, pero sí por una ojeada sobre el mundo de *las relaciones*»<sup>13</sup>. Alcanza características epistemológicas fundamentales cuando se identifica con el propio mecanismo de nuestra razón. Así, puede afirmar Dedekind<sup>14</sup> que el concepto de número es «una emanación directa de las leyes puras del pensamiento, ya que la misión fundamental del pensamiento consiste precisamente en la operación encaminada a relacionar unas cosas con otras, a hacer que a una cosa corresponda otra o que reproduzca o copie a otra, función ésta sin la cual no sería posible pensamiento alguno».

Estas consideraciones patentizan el carácter relacional de las matemáticas suficientemente para nuestro cometido, pero a partir de este momento se levanta uno de los problemas más importantes en la filosofía de nuestros días. Problema que, como todos los filosóficos, tiene carácter perenne a lo largo de la historia. ¿Hasta qué punto estas relaciones pueden aplicarse a la realidad? La teoría de las ciencias aboca a una Teoría de la Ciencia, y ésta, a una teoría de la realidad.

Las ciencias naturales —en su pretensión de exactitud— han dejado atrás el estadio científico en el que se intentaba aprehender las cosas individualmente y al grupo en las diferentes clases. No aspiran a conocer la sustancia de las cosas, su materia interna, sino las relaciones de unas con otras, sus uniformidades y sus leyes. Las tesis de estas ciencias intentan expresar sus relaciones exactas y expresarlas mensurablemente en las matemáticas. La matematización de la realidad caracteriza a la ciencia moderna<sup>15</sup>.

Este proceso de paulatina matematización del saber, problema fundamental en la moderna epistemología y que ha ocupado a sus más eximios representantes, es clara y concisamente expuesto por Carlos París en *Física y Filosofía*: «Sobre el mundo físico existía un lenguaje conceptual no científico, sino filosófico, el propio de la filosofía natural aristotélica», el cual resulta

<sup>12</sup> E. CASSIRER, *El problema del conocimiento*, ob. cit., p. 84.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>14</sup> DEDEKIND, *Was sind und was sollen die Zahlen?*, Braunschweig, 1893, p. VII y ss., citado por E. CASSIRER, *El problema del conocimiento*, ob. cit., t. IV, p. 86.

<sup>15</sup> SALOMAA, ob. cit., p. 83; y E. MEYERSON, *La deduction relativiste*, Payot, París, 1925, p. 34.

inadecuado para la ciencia moderna. «La genial intuición metodológica de los creadores de la ciencia física en aquella época, especialmente Galileo, percibe la adecuación de la formulación matemática con las regularidades del devenir físico...» «La aparición de la ley físico-matemática es, simultáneamente, un descubrimiento y un resultado de la intuición metodológica que engendra la ciencia física moderna.» Y en último término, cuando en la ciencia contemporánea se pierde el substrato mecanicista en el que se apoyaba esta idea, «la matematización del saber físico se ha hecho total»<sup>16</sup>.

Dejando aparte toda la problemática que este proceso origina, interesa subrayar que la aparición del nuevo espíritu científico implica una primacía del carácter relacional. La categoría de la relación, que tan importante papel desempeña en las matemáticas, se transmite en su tarea formalizadora a las restantes ciencias naturales. El proceso, sin embargo, no se agota en una mera formalización; trasciende, en sus concepciones extremas, al simple modo de ver la realidad, en la que la relación pasa a ocupar el rango de categoría fundamental y primaria.

Estas opiniones mostradas sobre la matematización del saber físico son sobradamente elocuentes como indicio del proceso dirigido a una completa relacionalidad. La verificación de este resumen teórico se manifiesta en todos los conceptos operativos de la Física actual. La naturaleza de la materia, fuerza, energía, masa, protón, neutrón... queda definida por relaciones matematizadas.

El carácter relacional tan profundamente enraizado en el saber matemático, según hemos visto, pasa al saber físico. El espaldarazo fue dado en sus orígenes por Galileo, cuando afirmaba que el lenguaje de la naturaleza es la matemática. Los conceptos físicos han perdido todo carácter sustancialista para convertirse en relaciones. Pero no sólo los conceptos, sino la interpretación física en su totalidad, han realizado un profundo viraje, en el que la idea de sustancia se difumina. El declive de la mecánica clásica se ha impuesto desde la teoría de campo y de la relatividad, en las cuales las relaciones energéticas sustituyen a las acciones a distancia entre corpúsculos. Las ecuaciones de Maxwell muestran esta situación en los fenómenos electromagnéticos. En la física de la relatividad, porque se han constituido *comme un franc système de la relation... On c'est appliqué à saisir la relation indépendamment des termes reliés, à postuler les liaisons plutôt que des objets, à ne donner une signification aux membres d'une équation qu'en vertu de cette équation, prenant ainsi les objets comme d'étranges fonctions de la fonction qui les met en rapport*<sup>17</sup>.

Blanché<sup>18</sup> insiste reiteradamente en este aspecto, por cuanto la característica de la ciencia contemporánea no es simplemente la sustitución de la

<sup>16</sup> CARLOS PARÍS, *Física y Filosofía*, C. S. I. C., Madrid, 1952, p. 197 y ss.

<sup>17</sup> G. BACHELARD, *La valeur inductive de la relativité*, J. Vrin, París, 1929, p. 98.

<sup>18</sup> BLANCHÉ, R., *La science physique et la réalité*, P. U. F., París, 1948, pp. 18, 24, 30, 32, 50.

sustancia por las cualidades variables, sino la transformación radical del concepto mismo de sustancia. La base permanente de la realidad ya no es un substrato o trasfondo absoluto, sino que se convierte en algo entendido como ley, lo que supone una relación. La sustancia es reemplazada por una red de relaciones. Los conceptos sobre los que se montaba la mecánica clásica cesan de funcionar como propiedades absolutas, intrínsecas: el peso, por ejemplo, está decidido por la densidad, que, en definitiva, es una relación con el medio.

En la compleja ciencia de la Biología, que tan sorprendentes avances está realizando en nuestro tiempo, también puede apreciarse el elevado puesto que la relación ostenta. No muestra un carácter tan fundamental como en las ciencias matemáticas, por más que participe de su exactitud siguiendo la pretensión formalizadora de todas las ciencias. Pero, por una parte, la elucidación de lo que sea la vida yace en el misterio, y por otra, «las ciencias de la vida no poseen la exactitud de la física o de la química, aunque en ciertos aspectos la presenten en grado sumo»<sup>19</sup>.

La Biología no conoce individuos u organismos aislados, individuos que ostenten la caracterización de simples. Todos ellos están conexiónados con otros organismos, formando una serie de eslabones que constituyen el cometido de esta ciencia. «El pensamiento biológico está pasando desde un pensamiento sustancialista a un pensamiento operativo con relaciones.»<sup>20</sup>

Dejando aparte la introducción de los cálculos matemáticos y, en consecuencia, relacionales, en las investigaciones biológicas, que tanto pueden corresponder a una concepción mecanicista, dinámica o vitalista de la misma, cabe señalar dos direcciones en las que se patentiza el carácter relacional, y que sin representar posturas antagónicas, ambas permanecen en los estudios biológicos. Me refiero a los «planos de construcción» introducidos por Cuvier y a la evolución; ésta última, como más completa y compleja, asume a la anterior.

Para Cuvier, «la Biología jamás sería una ciencia, según su modo de ver, si no pudiese avanzar de lo individual a lo general. Pero lo que esta ciencia busca de general no son precisamente las leyes del devenir, tal como las formulan la física y la química, sino las simples leyes estructurales»<sup>21</sup>. *C'est dans cette dépendance naturelle des fonctions et ce secours qu'elles se prêtent réciproquement que sont fondées les lois qui déterminent les rapports de leurs organes, et qui sont d'une nécessité égale à celle des lois métaphysiques ou mathématiques*<sup>22</sup>. La limitación de esta postura viene marcada por la idea de que dichas relaciones deben restringirse a las de la simultaneidad (*lois de*

<sup>19</sup> WARDER CLYDE ALLEE, «Biología», en *¿Qué es la ciencia?*, dirigida por James R. Newman, trad. por Federico Portillo, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1962, p. 232.

<sup>20</sup> J. S. HUXLEY, *The Biological Basis of Individuality*, en «Journal of Philosophical Studies», I, p. 305 y ss., citado por SALOMAA, *The Category of Relation*, ob. cit., p. 88.

<sup>21</sup> E. CASSIRER, *El problema del conocimiento*, ob. cit., p. 162.

<sup>22</sup> CUVIER, *Leçons d'anatomie comparée*, t. I, p. 47. Citado por CASSIRER, *El problema del conocimiento*, ob. cit., p. 163.

*coexistence*), quedando soslayadas las de la sucesión y, por lo tanto, merma- dos los aspectos que deben coincidir en todo hecho biológico y que han sido señalados por J. Huxley de la siguiente manera: «Primero, el aspecto meca- nístico fisiológico: cómo está constituido el órgano, cómo tiene lugar y pro- ceso. Segundo, el aspecto funcional de adaptación: cuál es el uso funcional del órgano o proceso, cuál es su significación o valor biológico para el orga- nismo o la especie. Tercero, el aspecto histórico: cuál es la historia temporal del órgano o proceso, cuál ha sido su curso evolutivo.»<sup>23</sup>

Junto a las leyes de coexistencia, en la Biología moderna tienen arraigo especial las leyes del proceso que señalan un carácter relacional perpendicular al anterior. La evolución constituye la muestra fehaciente de este carácter procesual, el que se había impuesto, con otros factores, desde los supuestos historicistas del siglo XIX. Al lado de esta corriente, insoslayable desde el sesgo que le imprime el siglo pasado, otros factores coadyuvan a implantarla. «El asentamiento de un tipo de técnica peculiar, en una experiencia de domi- nio humano sobre la realidad, qué, trasladada desde el nivel de nuestro hacer inmediato al de la naturaleza, se convierte en categoría cosmológica, siguiendo en esto un proceder usual en el pensamiento humano, que proyecta sobre la naturaleza posibilidades alumbradas y vividas en nuestra tecnicidad. En este momento se trata de la experiencia de la domesticación y, concretamente, de la selección que el criador realiza.»<sup>24</sup> Las relaciones que esta técnica im- plica suponen una expresión muy simple de la complejidad biológica, pero muestran el carácter vectorial que las relaciones en esta ciencia ostentan.

Sobresale especialmente el carácter de relación en aquellas ciencias que, como la Psicología, han experimentado recientemente un impulso definidor al precisar el ámbito de su cometido y al convertir en problema fundamental el método de la tarea investigadora. «La iniciación de la Psicología debe remontarse al estudio de la intensidad y estímulo, del anatómico Weber, y a la determinación de la ley psicofísica por Fechner.»<sup>25</sup> En definitiva, a la ini- ciación de un conjunto de relaciones que perfilarán una serie de nuevos con- ceptos cuyo contenido queda exactamente precisado. Estos conceptos giran en torno a las directrices: percepción, conocimiento y motivo.

Una relación se impone por la fuerza de su simplicidad, la de estímulo-res- puesta, especialmente en el behaviorismo (Watson) y en la escuela de los reflejos condicionados (Pavlov, Bechterew), señalando como materia de estu- dio de la Psicología la conducta de animales u hombres, dejando atrás la determinación de una conciencia y, más lejos aún, aquella concepción sus- tancialista expresada nítidamente en el pensamiento de Descartes.

<sup>23</sup> J. HUXLEY, *La evolución*, trad. de Jiménez de Asúa, Edit. Losada, S. A., Buenos Aires, 1965, pp. 39 y 40.

<sup>24</sup> CARLOS PARÍS, «Ser y evolución», en *La evolución*, por M. CRUSAFONT y otros, B. A. C., Madrid, 1966, p. 765.

<sup>25</sup> GEMELLI ZUNINI, *Introducción a la Psicología*, trad. por Fernando Gutiérrez, 3.ª ed., Luis Miracle Editor, Barcelona, 1958, p. 14.



El mismo valor alcanza en otras corrientes. El mecanismo de la vida inconsciente, perfectamente mostrado por Freud y sus seguidores, ortodoxos y heterodoxos, constituye un conjunto de relaciones, cuya clarificación es el primordial cometido del psicoanalista. La introspección, tantas veces denigrada, se vale, en la llamada por Külpe introspección provocada, de estímulos intencionadamente pensados para desencadenar unas reacciones. La descripción de éstas, efectuada por el mismo sujeto debidamente preparado, nos llevaría al estudio del mecanismo de la psique.

El cometido de la Antropología, en su vertiente empírica, incide en la búsqueda de semejanzas y diferencias entre los distintos pueblos de la Tierra, basándose en caracteres biológicos o de las costumbres y atendiendo también a la evolución histórica, de tal manera, que estudia como uno de sus problemas fundamentales la determinación del aparecer del hombre en el globo. En consecuencia, buena parte de las consideraciones que han surgido con respecto a la Biología son igualmente aplicables aquí, y, naturalmente, también el carácter relacional de esta ciencia, si no bastase haber advertido antes que la Antropología busca analogías y diferencias ya de por sí saturadas de relacionalidad.

Por otra parte, la Antropología coincide en numerosos aspectos con la Sociología. «En lo que la Antropología se muestra más exacta —dejando aparte la lingüística— es en el terreno de la organización social. Algunos antropólogos elaboran con gran precisión la gráfica de lo que sucede en un pequeño grupo.»<sup>26</sup> Y también la Sociología está básicamente fundada en relaciones, siendo innecesaria cualquier aclaración en este sentido.

<sup>26</sup> S. L. WASHBURN, «La evolución humana», en *¿Qué es la ciencia?*, ob. cit. p. 338.

